

IV

Perdición y salvamento del Delfín.

I

Pasados algunos días, y cuando ya Estupiñá andaba por ahí restablecido, aunque algo cojo, Barbarita empezó á notar en su hijo inclinaciones nuevas y algunas mañas que le desagradaron. Observó que el Delfín, cuya edad se aproximaba á los veinticinco años, tenía horas de infantil alegría y días de tristeza y recogimiento sombríos. Y no pararon aquí las novedades. La perspicacia de la madre creyó descubrir un notable cambio en las costumbres y en las compañías del joven fuera de casa, y lo descubrió con datos observados en ciertas inflexiones muy particulares de su voz y lenguaje. Daba á la *elle* el tono arrastrado que la gente baja da á la *y* consonante; y se le habían pegado modismos pintorescos y expresiones groseras que á la mamá no le hacían maldita gracia. Habría dado cualquier cosa por poder seguirle de noche y ver con qué casta de gente se juntaba. Que ésta no era fina, á la legua se conocía.

Y lo que Barbarita no dudaba en calificar de encanallamiento, empezó á manifestarse en el

vestido. El Delfín se encajó una capa de esclavina corta con mucho ribete, mucha trencilla y pasamanería. Poníase por las noches el sombrero pavelo, que, á la verdad, le caía muy bien, y se peinaba con los mechones ahuecados sobre las sienes. Un día se presentó en la casa un sastre con facha de sacristán, que era de los que hacen ropa ajustada para toreros, chulos y matachines; pero doña Bárbara no le dejó sacar la cinta de medir, y poco faltó para que el pobre hombre fuera rodando por las escaleras. «¿Es posible—dijo á su niño, sin disimular la ira—que se te antoje también ponerte esos pantalones ajustados con los cuales las piernas de los hombres parecen zancas de cigüeña?» Y una vez roto el fuego, rompió la señora en acusaciones contra su hijo por aquellas maneras nuevas de hablar y de vestir. El se reía, buscando medios de eludir la cuestión; pero la inflexible mamá le cortaba la retirada con preguntas contundentes. ¿Adónde iba por las noches? ¿Quiénes eran sus amigos? Respondía él que los de siempre; lo cual no era verdad, pues salvo Villalonga, que salía con él muy puesto también de capita corta y pavelo, los antiguos condiscípulos no aportaban ya por la casa. Y Barbarita citaba á Zalamero, á Pez, al chico de Tellería. ¿Cómo no hacer comparaciones? Zalamero, á los veintisiete años, era ya diputado y subsecretario de Gobernación, y se decía que Rivero quería dar á

Joaquinito Pez un Gobierno de provincia. Gustavito hacia cada artículo de crítica y cada estudio sobre los orígenes de tal ó cual cosa, que era una bendición; y en tanto él y Villalonga ¿en qué pasaban el tiempo?, ¿en qué?: en adquirir hábitos ordinarios y en tratarse con zánganos de coleta. A mayor abundamiento, en aquella época del 70 se le desarrolló de tal modo al Delfín la afición á los toros, que no perdía corrida, ni dejaba de ir al apartado ningún día, y á veces se plantaba en la dehesa. Doña Bárbara vivía en la mayor intranquilidad, y cuando alguien le contaba que había visto á su ídolo en compañía de un individuo del arte del cuerno, se subía á la parra y... «Mira, Juan, creo que tú y yo vamos á perder las amistades. Como me traigas á casa á uno de esos tagarotes de calzón ajustado, chaqueta corta y botita de caña clara, te pego, sí; hago lo que no he hecho nunca: cojo una escoba y ambos salís de aquí pintando...» Estos furros solían concluir con risas, besos, promesas de enmienda y reconciliaciones cariñosas, porque Juanito se pintaba solo para desenojar á su mamá.

Como supiera un día la dama que su hijo frecuentaba los barrios de Puerta Cerrada, calle de Cuchilleros y Cava de San Miguel, encargó á Estupiñá que vigilase, y éste lo hizo con muy buena voluntad, llevándole cuentos, dichos en voz baja y melodramática: «Anoche cenó en la

pastelería del sobrino de Botín, en la calle de Cuchilleros... ¿sabe la señora? También estaba el Sr. de Villalonga y otro que no conozco, un tipo así... ¿cómo diré? de estos de sombrero redondo y capa con esclavina ribeteada. Lo mismo puede pasar por un *randa* que por un señorito disfrazado.»

—¿Mujeres...?—preguntó con ansiedad Barbarita.

—Dos, señora, dos—dijo Plácido corroborando con igual número de dedos muy estirados lo que la voz denunciaba.—No les pude ver las estampas. Eran de estas de mantón pardo, delantal azul, buena bota y pañuelo á la cabeza... en fin, un par de reses muy bravas.

A la semana siguiente, otra delación:

—Señora, señora...

—¿Qué?

—Ayer y anteayer entró el niño en una tienda de la Concepción Jerónima, donde venden filigranas y corales de los que usan las amas de cría...

—¿Y qué?

—Que pasa allí largas horas de la tarde y de la noche. Lo sé por Pepe Vallejo, el de la cordelería de enfrente, á quien he encargado que esté con mucho ojo.

—¿Tienda de filigranas y de corales?

—Sí señora; una de estas platerías de punta-pié, que todo lo que tienen no vale seis duros.

No la conozco; se ha puesto hace poco; pero yo me enteraré. Aspecto de pobreza. Se entra por una puerta vidriera que también es entrada del portal, y en el vidrio han puesto un letrero que dice: *Especialidad en regalos para amas...* Antes estaba allí un relojero llamado Bravo, que murió de miserere.

De pronto los cuentos de Estupiñá cesaron. A Barbarita todo se le volvía preguntar y más preguntar, y el dichoso hablador no sabía nada. Y cuidado que tenía mérito la discreción de aquel hombre, porque era el mayor de los sacrificios; para él equivalía á cortarse la lengua el tener que decir: «no sé nada, absolutamente nada». A veces parecía que sus insignificantes é inseguras revelaciones querían ocultar la verdad antes que esclarecerla. «Pues nada, señora; he visto á Juanito en un simón, solo, por la Puerta del Sol... digo... por la plaza del Angel... Iba con Villalonga... se reían mucho los dos... de algo que les hacía gracia...» Y todas las denuncias eran como éstas, bobadas, subterfugios, evasivas... Una de dos: ó Estupiñá no sabía nada, ó si sabía no quería decirlo por no disgustar á la señora.

Diez meses pasaron de esta manera, Barbarita interrogando á Estupiñá, y éste no queriendo ó no teniendo qué responder, hasta que allá por Mayo del 70, Juanito empezó á abandonar aquellos mismos hábitos groseros que tanto disgus-

taban á su madre. Ésta, que lo observaba atentísimamente, notó los síntomas del lento y feliz cambio en multitud de accidentes de la vida del joven. Cuánto se regocijaba la señora con esto, no hay para qué decirlo. Y aunque todo ello era inexplicable, llegó un momento en que Barbarita dejó de ser curiosa, y no le importaba nada ignorar los desvaríos de su hijo con tal que se reformase. Lentamente, pues, recobraba el Delfin su personalidad normal. Después de una noche que entró tarde y muy sofocado, y tuvo cefalalgia y vómitos, la mudanza pareció más acentuada. La mamá entreveía en aquella ignorada página de la existencia de su heredero amores un tanto libertinos, orgías de mal gusto, bromas y riñas quizás; pero todo lo perdona, todo, todito, con tal que aquel trastorno pasase, como pasan las indispensables crisis de las edades. «Es un sarampión de que no se libra ningún muchacho de estos tiempos—decía.—Ya sale el mío de él, y Dios quiera que salga en bien.»

Notó también que el Delfin se preocupaba mucho de ciertos recados ó esquelitas que á la casa traían para él, mostrándose más bien temeroso de recibirlos que deseoso de ellos. A menudo daba á los criados orden de que le negaran y de que no se admitiera carta ni recado. Estaba algo inquieto, y su mamá se dijo gozosa: «Persecución tenemos; pero él parece querer

cortar toda clase de comunicaciones. Esto va bien.» Hablando de esto con su marido, D. Baldomero, en quien lo progresista no quitaba lo autoritario (emblema de los tiempos), propuso un plan defensivo que mereció la aprobación de ella. «Mira, hija: lo mejor es que yo hable hoy mismo con el Gobernador, que es amigo nuestro. Nos mandará acá una pareja de orden público, y en cuanto llegue hombre ó mujer de malas trazas con papel ó recadito, me lo trincan, y al saladero de cabeza.»

Mejor que este plan era el que se le había ocurrido á la señora. Tenían tomada casa en Plencia para pasar la temporada de verano, fijando la fecha de la marcha para el 8 ó el 10 de Julio. Pero Barbarita, con aquella seguridad del talento superior que en un punto inicia y ejecuta las resoluciones salvadoras, se encaró con Juanito, y de buenas á primeras le dijo: «Mañana mismo nos vamos á Plencia.»

Y al decirlo se fijó bien en la cara que puso. Lo primero que expresó el Delfin fué alegría. Después se quedó pensativo. «Pero déme usted dos ó tres días. Tengo que arreglar varios asuntos...»

—¿Qué asuntos tienes tú, hijo? Música, música. Y en caso de que tengas alguno, créeme, vale más que lo dejes como está.

Dicho y hecho. Padres é hijo salieron para el Norte el día de San Pedro. Barbarita iba muy

contenta juzgándose ya vencedora, y se decía por el camino: «Ahora le voy á poner á mi pollo una calza para que no se me escape más.» Instaláronse en su residencia de verano, que era como un palacio, y no hay palabras con qué ponderar lo contentos y saludables que todos estaban. El Delfin, que fué desmejoradillo, no tardó en reponerse, recobrando su buen color, su palabra jovial y la plenitud de sus carnes. La mamá se la tenía guardada. Esperaba ocasión propicia, y en cuanto ésta llegó supo acometer la empresa aquella de la calza, como persona lista y conocedora de las mañas del ave que era preciso aprisionar. Dios la ayudaba sin duda, porque el pollo no parecía muy dispuesto á la resistencia.

«Pues sí—dijo ella, después de una conversación preparada con gracia.—Es preciso que te cases. Ya te tengo la mujer buscada. Eres un chiquillo, y á ti hay que dártelo todo hecho. ¡Qué será de ti el día en que yo te falte! Por eso quiero dejarte en buenas manos... No te rías, no; es la verdad, yo tengo que cuidar de todo: lo mismo de pegarte el botón que se te ha caído, que de elegirte la que ha de ser compañera de toda tu vida; la que te ha de mimar cuando yo me muera. ¿Á ti te cabe en la cabeza que pueda yo proponerte nada que no te convenga?... No. Pues á callar, y pon tu porvenir en mis manos. No sé qué instinto tenemos las madres, al-

gunas quiero decir. En ciertos casos no nos equivocamos; somos infalibles como el Papa...»

La esposa que Barbarita proponía á su hijo era Jacinta, su prima, la tercera de las hijas de Gumersindo Arnáiz ¡Y qué casualidad! Al día siguiente de la conferencia citada, llegaban á Plencia y se instalaban en una casita modesta, Gumersindo é Isabel Cordero con toda su caterva menuda. Candelaria no salía de Madrid, y Benigna había ido á Laredo.

Juan no dijo que sí ni que no. Limitóse á responder por fórmula que lo pensaría; pero una voz de su alma le declaraba que aquella gran mujer y madre tenía tratos con el Espíritu Santo, y que su proyecto era un verdadero caso de infalibilidad.

II

Porque Jacinta era una chica de prendas excelentes, modestita, delicada, cariñosa y además muy bonita. Sus lindos ojos estaban ya declarando la sazón del alma ó el punto en que tocan á enamorarse y enamorar. Barbarita quería mucho á todas sus sobrinas; pero á Jacinta la adoraba; teníala casi siempre consigo y derramaba sobre ella mil atenciones y miramientos, sin que nadie, ni aun la propia madre de Jacinta, pudiera sospechar que la criaba para nuera. Toda la parentela suponía que los señores de

Santa Cruz tenían puestas sus miras en alguna de las chicas de Casa-Muñoz, de Casa-Trujillo ó de otra familia rica y titulada. Pero Barbarita no pensaba en tal cosa. Cuando reveló sus planes á D. Baldomero, éste sintió regocijo, pues también á él se le había ocurrido lo mismo.

Ya dije que el Delfín prometió pensarlo; mas esto significaba sin duda la necesidad que todos sentimos de no aparecer sin voluntad propia en los casos graves; en otros términos, su amor propio, que le gobernaba más que la conciencia, le exigía, ya que no una elección libre, el simulacro de ella. Por eso Juanito no sólo lo decía, sino que hacía como que pensaba, yéndose á pasear solo por aquellos peñascales, y se engañaba á sí mismo diciéndose: «¡qué pensativo estoy!» Porque estas cosas son muy serias, ¡vaya! y hay que revolverlas mucho en el majín. Lo que hacía el muy farsante era saborear de antemano lo que se le aproximaba, y ver de qué manera decía á su madre con el aire más grave y filosófico del mundo: «Mamá, he meditado profundísimamente sobre ese problema, pesando con escrúpulo las ventajas y los inconvenientes, y la verdad, aunque el caso tiene sus más y sus menos, aquí me tiene usted dispuesto á complacerla.»

Todo esto era comedia, y querer echárselas de hombre reflexivo. Su madre había recobrado sobre él aquel ascendiente omnímodo que tuvo

antes de las trapisondas que apuntadas quedan, y como el hijo pródigo á quien los reveses hacen ver cuánto le daña el obrar y pensar por cuenta propia, descansaba de sus funestas aventuras pensando y obrando con la cabeza y la voluntad de su madre.

Lo peor del caso era que nunca le había pasado por las mientes casarse con Jacinta, á quien siempre miró más como hermana que como prima. Siendo ambos de muy corta edad (ella tenía un año y meses menos que él) habían dormido juntos, y habían derramado lágrimas y acusádose mutuamente por haber secuestrado él las muñecas de ella, y haber ella arrojado á la lumbre, para que se derritieran, los soldaditos de él. Juan la hacía rabiarse descomponiéndole la casa de muñecas, ¡anda! y Jacinta se vengaba arrojando en un barreño de agua los caballos de Juan para que se ahogaran... ¡anda! Por un rey mago, negro por más señas, hubo unos dramas que acabaron en leña por partida doble, es decir, que Barbarita azotaba alternadamente uno y otro par de nalgas como el que toca los timbales; y todo porque Jacinta le había cortado la cola al camello del rey negro; cola de cerda, no vayan á creer... «Envidiosa» «Acusón»... Ya tenían ambos la edad en que un misterioso respeto les prohibía darse besos, y se trataban con vivo cariño fraternal. Jacinta iba todos los martes y viernes á pasar el día entero

en casa de Barbarita, y ésta no tenía inconveniente en dejar solos largos ratos á su hijo y á su sobrina; porque si cada cual en sí tenía el desarrollo moral que era propio de sus veinte años, uno frente á otro continuaban en la *edad del pavo*, muy lejos de sospechar que su destino les aproximaría cuando menos lo pensasen.

El paso de esta situación fraternal á la de amantes no le parecía al joven Santa Cruz cosa fácil. Él, que tan atrevido era lejos del hogar paterno, sentíase acobardado delante de aquella flor criada en su propia casa, y tenía por imposible que las cunitas de ambos, reunidas, se convirtieran en tálamo. Mas para todo hay remedio menos para la muerte, y Juanito vió con asombro, á poco de intentar la metamorfosis, que las dificultades se desleían como la sal en el agua; que lo que á él le parecía montaña era como la palma de la mano, y que el tránsito de la fraternidad al enamoramiento se hacía *como una seda*. La primita, haciéndose también la sorprendida en los primeros momentos y aun la vergonzosa, dijo también que aquello debía pensarse. Hay motivos para creer que Barbarita se lo había hecho pensar ya. Sea lo que quiera, ello es que á los cuatro días de romperse el hielo ya no había que enseñarles nada de noviazgo. Creeríase que no habían hecho en su vida otra cosa más que estar picoteando todo el santo día. El país y el ambiente eran propicios á esta vida nueva. Ro-

cas formidables, olas, playa con caracolutos, praderas verdes, setos, callejas llenas de arbustos, helechos y líquenes; veredas cuyo término no se sabía; caseríos rústicos que al caer de la tarde despedían de sus abollados techos humaredas azules; celajes grises; rayos de sol dorando la arena; velas de pescadores cruzando la inmensidad del mar, ya azul, ya verdoso, terso un día, otro aborregado; un vapor en el horizonte tiznando el cielo con su humo; un aguacero en la montaña y otros accidentes de aquel admirable fondo poético, favorecían á los amantes, dándoles á cada momento un ejemplo nuevo para aquella gran ley de la Naturaleza que estaban cumpliendo.

Jacinta era de estatura mediana, con más gracia que belleza, lo que se llama en lenguaje corriente una mujer *mona*. Su tez finísima y sus ojos, que despedían alegría y sentimiento, componían un rostro sumamente agradable. Y hablando, sus atractivos eran mayores que cuando estaba callada, á causa de la movilidad de su rostro y de la expresión variadísima que sabía poner en él. La estrechez relativa en que vivía la numerosa familia de Arnáiz, no le permitía variar sus galas; pero sabía triunfar del amaneramiento con el arte, y cualquier perifollo anunciaba en ella una mujer que, si lo quería, estaba llamada á ser elegantísima. Luego veremos. Por su talle delicado y su figura y cara porcelanes-

cas, revelaba ser una de esas hermosuras á quienes la Naturaleza concede poco tiempo de esplendor, y que se ajan pronto, en cuanto les toca la primer pena de la vida ó la maternidad.

Barbarita, que la había criado, conocía bien sus notables prendas morales, los tesoros de su corazón amante, que pagaba siempre con creces el cariño que se le tenía, y por todo esto se enorgullecía de su elección. Hasta ciertas tenacidades de carácter que en la niñez eran un defecto, agradábanle cuando Jacinta fué mujer, porque no es bueno que las hembras sean todas miel, y conviene que guarden una reserva de energía para ciertas ocasiones difíciles.

La noticia del matrimonio de Juanito cayó en la familia de Arnáiz como una bomba que revienta y esparce, no desastres y muertes, sino esperanza y dichas. Porque hay que tener en cuenta que el Delfín, por su fortuna, por sus prendas, por su talento, era considerado como un ser bajado del cielo. Gumersindo Arnáiz no sabía lo que le pasaba; lo estaba viendo y aún le parecía mentira; y siendo el amartelamiento de los novios bastante empalagoso, á él le parecía que todavía se quedaban cortos y que debían entortolarse mucho más. Isabel era tan feliz que, de vuelta ya en Madrid, decía que le iba á dar algo, y que seguramente su empobrecida naturaleza no podría soportar tanta felicidad. Aquel matrimonio había sido la ilusión de

su vida durante los últimos años, ilusión que por lo muy hermosa no encajaba en la realidad. No se había atrevido nunca á hablar de esto á su cuñada, por temor de parecer excesivamente ambiciosa y atrevida.

Faltábale tiempo á la buena señora para dar parte á sus amigos del feliz suceso; no sabía hablar de otra cosa, y aunque desmadejada ya y sin fuerzas á causa del trabajo y de los alumbramientos, cobraba nuevos bríos para entregarse con delirante actividad á los preparativos de boda, al equipo y demás cosas. ¡Qué proyectos hacia, qué cosas inventaba, qué previsión la suya! Pero en medio de su inmensa tarea, no cesaba de tener corazonadas pesimistas, y exclamaba con tristeza: «¡Si me parece mentira!... ¡Si yo no he de verlo!...» Y este presentimiento, por ser de cosa mala, vino á cumplirse al cabo, porque la alegría inquieta fué como una combustión oculta que devoró la poca vida que allí quedaba. Una mañana de los últimos días de Diciembre, Isabel Cordero, hallándose en el comedor de su casa, cayó redonda al suelo como herida de un rayo. Acometida de violentísimo ataque cerebral, falleció aquella misma noche, rodeada de su marido y de sus consternados y amantes hijos. No recobró el conocimiento después del ataque, no dijo esta boca es mía, ni se quejó. Su muerte fué de esas que vulgarmente se comparan á la de *un pajarito*. Decían los ve-

cinos y amigos que había *reventado de gusto*. Aquella gran mujer, heroína y mártir del deber, autora de diez y siete españoles, se embriagó de felicidad sólo con el olor de ella, y sucumbió á su primera embriaguez. En su muerte la perseguían las fechas célebres, como la habían perseguido en sus partos, cual si la historia la rondara deseando tener algo que ver con ella. Isabel Cordero y D. Juan Prim espiraron con pocas horas de diferencia.